

zadora" que rechaza la lengua y la cultura gallegas, y sobre ese deliberado desconocimiento impone normas de salud y pautas de tratamiento ajenas, en gran parte, a la vida real de la población.

Los autores del libro aportan

en él su destacada experiencia en la transformación institucional de Conxo, donde trabajaron de 1972 a 1975 en lucha constante contra la administración reaccionaria de la Diputación y del centro, que finalmente les expulsó junto con el amplio grupo

de profesionales que verdaderamente querían transformar el manicomio de Conxo y no sólo, como pretendía la administración, blanquear su fachada para que su opresión interna no fuese tan visible a la población.

Después de su expulsión de

Conxo, Xosé García y Emilio González, abrieron, con la inestimable ayuda de algunas organizaciones ciudadanas, el Centro Psicosocial de Ferrol, cuya evolución y formas de trabajo relatan ampliamente en el libro, destacando el uso y el conocimiento del lenguaje y la cultura gallega, el trabajo en equipo, el enfoque colectivo de los problemas de la salud mental, la asistencia familiar y la atención a domicilio, la evitación del internamiento, las tareas de prevención e higiene, la colaboración voluntaria de los vecinos con el equipo en la atención y discusión de los problemas, e incluso en el sostenimiento material del centro.

El libro contiene datos y reflexiones valiosas de quienes conocen bien una realidad que luchan por transformar. Los autores han incluido también alguna "pieza antológica" de la vieja ideología manicomial, como el documento-encuesta enviado a los médicos de Conxo por la señorita gerente del centro, tratando de investigar sobre la vida sexual de los pacientes internados. ■ MANUEL GONZALEZ DE CHAVEZ.

ADIOS A LAS LETRAS

Superventas

Ya en los best-sellers españoles hay libros españoles, aparte de las novelas de Vizcaíno Casas, esas búsquedas desafortunadas del cero absoluto de las que ha hablado Rafael Conte.

El último libro español en llegar a nuestras listas de best-sellers es "Extramuros", de Jesús Fernández Santos, novela tan bien tratada en esta misma revista, y en otras publicaciones, que aquí todo el mundo parece ponerse de acuerdo a veces de forma unánime.

El superventas de Fernández Santos ha sido una sorpresa sólo si se contempla el mundo editorial español como una unidad de destino en lo universal.

"Extramuros" inauguró una colección cuya editorial se propuso poner el libro al alcance de la gente. Eso, que parecía una utopía, puede lograrse, porque al fin y al cabo, aquí tampoco somos tan especiales, y somos capaces de leer literatura, aunque sea de calidad.

Lo que hizo la editorial fue poner el libro al alcance del lector, ofreciendo una edición digna, seria y legible a un precio asequible.

En la misma colección ha colocado esa misma editorial un best-seller natural: el "Factor humano", del escritor británico Graham Greene. El de Graham Greene, no podía ser menos, es el libro de la primavera. Greene —un nombre que tanto se asemeja a verde, en inglés— es un escritor primaveral, viajero, rápido y audaz, como un diplomático de ningún país. Jesús Fernández Santos protagonizó, con "Extramuros", el libro del invierno. Y es cierto: Jesús es un ser invernal, cuya vitalidad refulge dentro de una gabardina azul con la que acude, como si estuviera perennemente solo y callado, al Café Gijón por las tardes. Es un hombre al que uno se imagina acurrucado contra el fuego de los conventos, huyendo del sol de las calles.

Santos y Greene vienen a desmentir una vieja falacia: en este país se lee en cualquier estación, y se leen los libros de calidad cuando éstos llevan los envoltorios y van rodeados de los estímulos que son precisos para no detener al comprador en el mismo momento de la venta.

Quizá este país va en camino de empezar a leer de verdad. Un día, la presencia de Fernández Santos en una lista de best-sellers resultaría menos sorprendente de lo que ahora parece. Le resultará sorprendente a Vizcaíno Casas, que se situará entonces entre los más vendidos de la novela del Oeste. No otra cosa que la civilización occidental es la que defiende este escritor agrícolico de la costa valenciana.

La obra de Fernández Santos apareció en el mercado, además, casi al tiempo que otra gran novela de la literatura española actual: "La cóle-



Graham Greene.

ra de Aquiles", de Luis Goytisolo. En ambos casos, los dos autores tocan la piel del lesbianismo, o se adentran en esa piel para mostrar las características de siglos diferentes de la cultura de este país. Si nadie en el siglo XVII escribió la novela de Fernández Santos sobre el amor probable de dos monjas de clausura, los historiadores del futuro tendrán en "Extramuros" la mejor imagen de aquel episodio, una vez que las cenizas del cataclismo los dejen sin otros documentos de aquel siglo. Si el cataclismo nos ocurriera ahora y quedara "La cólera de Aquiles", los reconstructores de la Historia tendrían elementos suficientes para recomponer la imagen de la burguesía catalana de esta era.

Por fin los escritores españoles dejan de mirar a su ombligo, o quizá comienzan a mirarse con más atención en él.

Ahí debe estar la base del best-seller, ahí, y en los precios de los libros, en su presentación, en la superior calidad de vida, en la necesidad de encerrarse de nuevo con la letra impresa y abandonar, por fin, la caja idiota de la que sale la imagen feroz de la UCD diciéndonos que hicimos bien comprando su opción política alcanforada. El día de la votación voy a leerme un cuento de Quevedo, un poema de Góngora, una fábula de Iriarte, que, al fin y al cabo, era caribeño, como yo. ■ SILVESTRE CODAC.

CINE

"Las fuerzas vivas"

La última obra mexicana del español Luis Alcoriza, rodada en 1975, se estrena ahora discretamente en Madrid. Sus títulos anteriores han corrido igual suerte en nuestro país: "Tiburones", "Tlayucán", "Tarahumara", "Presagio" o "Mecánica nacional" son los únicos que han tenido cierta luz en pantallas españolas y, de cualquier forma, lo han hecho de manera casi privada. Y es lamentable. Luis Alcoriza es uno de los más inteligentes, ácidos, divertidos y lúcidos directores españoles. Y aunque "Las fuerzas vivas" no sea la mejor de sus películas, reúne todos los ingredientes que hacen de este director, no ya un sucesor de Buñuel como se dice normalmente para traducir los trabajos que Alcoriza ha realizado junto al maestro aragonés, sino a toda una tradición cultural española que en el campo del cine tiene ahora su mejor exponente en Berlanga. A muchas películas de

éste podría recordarnos "Las fuerzas vivas", con independencia de cualquier juicio comparativo, pero Luis Alcoriza es suficientemente personal como para crear sus propias farsas (o esperpentos) con un toque inmediatamente reconocible.

"Las fuerzas vivas" corre el difícil riesgo de convertirse en una comedia amable, lo que resultaría doblemente peligroso al plantearse Alcoriza una crónica del oportunismo político, de la ignorancia de un pueblo que no entiende qué revolución está haciendo. Amabilidad que surge del tono impuesto por el género bufo elegido para la narración. La maestría de "Las fuerzas vivas" es tal que todo ello se decanta claramente hacia la propuesta de una meditación que se prolonga más allá de la película. Es difícil salir del cine sin recordar con divertimento algún pasaje cómico, pero al tiempo sin plantearse las razones últimas que producen el espectáculo que Alcoriza ha ofrecido entre risas: esos campesinos para los que realmente no ha existido revolución alguna, esos burgueses que cambian de nombre con tal de mantenerse en el poder, esos "revolucionarios" que sólo sienten una pasión abstracta y carecen de la mínima base que les hace reaccionar con inteligencia... Una crónica política que, aunque situada en los años de la revolución mexicana, es de una actualidad estremecedora. Muy importante película. ■

DIEGO GALAN.

"La furia" y "Magic"

Era inevitable que tras el éxito comercial de "Carrie", su director, Brian de Palma, tuviera que plantearse otra película sobre la parapsicología. Sin embargo, lo que también era previsible es que la inteligencia demostrada por este autor (no hay que olvidar sus títulos "Las hermanas", "Obsesión" y, sobre todo, la genial "El fantasma del paraíso") iba a impedirle limitarse a una simple copia de "Carrie". Obligado por un lado a respetar su figura pública (como le ocurre a cualquiera que haya conseguido un éxito parecido), pero por otro interesado realmente por el juego cinematográfico de lo fantástico y el terror, Brian de Palma ha hecho en "La furia" un nuevo avance en su propia trayectoria. Aban-



"La furia", de Brian de Palma.



"Magic", de Richard Attenborough.

donado ya al delirio y con una capacidad imaginativa sorprendente, "La furia" le obliga, no obstante, a una narración tradicional que elimina parte de sus aciertos: de hecho, la primera hora de película no es más que una larga preparación para la última media, donde Brian de Palma se desmelena brillantemente; quizá un poco lo contrario de "Carrie", donde la primera parte de la película superaba a la otra media. Interesado por acabar con brillantez sus productos (como ocurría igualmente con el chiste final de "Carrie", donde la mano de la muerta sujetaba a quien se encontraba frente a su tumba), "La furia" consigue un desenlace que puede entrar de lleno en las antologías del mejor cine fantástico, de terror o como quiera llamarse. Esa media hora justifica plenamente la visión de la película, sobre todo para quienes se interesen por el género.

Lo que no ocurre de ninguna manera con la película dirigida por el actor Richard Attenborough, "Magic". Aquí se pretende aterrar con lo obvio, con lo trillado, con lo previsible. Sólo su coincidencia en las carteleras es-

pañolas la relaciona con "La furia", pero ningún otro aspecto puede vincularla siquiera con el buen cine de terror. A pesar de la excelente interpretación de Anthony Hopkins y a pesar de la pulcritud en la puesta en escena de Attenborough, "Magic" es una película prescindible. Mientras "La furia" es más que aconsejable. Siempre —quede claro— dentro de su género. ■ D. G.

"Themroc"

En 1972, los críticos franceses se quedaron estupefactos ante una película realizada por un no profesional, aunque dentro de una estructura industrial, que venía, como se dice normalmente, a romper moldes. Seis años más tarde, cuando esa película se estrena en España, ya no hay tanto motivo de estupefacción, pero sí puede continuar siendo un film bastante insólito y, sobre todo, divertido. Claude Faraldo, su director, está lleno de pretensiones trascendentales a juzgar por sus declaraciones y por algunos momentos poco afortunados

de la película, pero consigue al menos proponer una historia que asimila muchas otras ofrecidas desde la literatura y el cine en un lenguaje nuevo y con una anécdota sorprendente: el obrero cansado de la monotonía de su vida que decide mandarlo todo a hacer puñetas y construir una cueva con vistas a la calle en su propia casa, que se come un guardia, que se tira a su hermana y que, en definitiva, realiza todo aquello que le ha sido prohibido. Ese obrero (Michel Piccoli) se plantea un nuevo mundo y arrastra consigo a otros vecinos, enardecidos con la propuesta de libertad que ven en él. Aunque hay, naturalmente, utopía y Faraldo se ve obligado a construir una policía más inútil y blanda de lo que es en realidad, y aunque su película está realizada con una torpeza excesiva (que cansa o dificulta una fácil comprensión de algunas secuencias), esa propuesta de libertad (ese grito, dirían los críticos franceses) sigue en pie, estimulando a que cada cual entienda su propia vida con nuevas posibilidades: no en vano la película acaba con abundantes panorámicas sobre casas-colmena, donde viven muchos otros obreros necesitados seguramente de romper su monótona existencia con la misma vitalidad que el protagonista de la película. Ahí, probablemente, residen las excesivas pretensiones de Faraldo, pero esto no importa demasiado. Su película no se estructura en un lenguaje naturalista (las mismas expresiones verbales se producen en un francés inventado, un extraño dialecto que no necesita entenderse para comprender qué se está diciendo en cada momento), y caben, por lo tanto, muchas "licencias": "Themroc" sigue siendo una película insólita y recomendable. ■ D. G.

TEATRO

El prisionero del boulevard Haussman

Presenciando este reciente estreno del teatro Lara, y luego de observar la nerviosa y desacertada promiscuidad con que los escenarios madrileños vienen programando título tras título, se